

vida sencilla y áspera, y de resoluciones generosas. La escala de la felicidad está en proporcion descendente, pues se halla mucho mas en las humildes situaciones de la vida, que en las posiciones elevadas. Dios concede a los unos en felicidad interior, lo que da a los otros en riquezas, en brillo y honradez. Muchas veces he experimentado esta verdad. Si entramos en una sociedad, y buscamos el hombre cuyo rostro respire mas contento interior, hallaremos siempre que este es un pobre desconocido y olvidado del mundo. La equidad de la Providencia se ve en todas partes.

A la puerta del hermoso monasterio actual, reconstruido de nuevo, y cuya blanca desnudez sobre la cima mas aguda del cabo del Carmelo, se habia dos padres que nos esperaban, y que eran los dos solos habitantes de este vasto y magnifico retiro de cenobitas, los cuales nos recibieron como compatriotas y amigos, y pusieron a nuestra disposición tres celdas, cada una de las cuales estaba provista de una cama, mueble muy raro en Oriente, una silla, y una mesa. Nuestros árabes se establecieron con los caballos en los dilatados patios interiores del monasterio, nos sirvieron una bocena compuesta de pescado fresco y de legumbres cultivadas en el monte, y despues de tantas fatigas pasamos una velada deliciosa, sentados en los espaciosos balcones que dominan el mar y las cavernas de los profetas. Una luna clara y serena reflejaba sus suaves y pálidos rayos sobre la superficie del mar, de cuyo murmullo y frescura gozábamos, y nos propusimos permanecer en este asilo todo el dia siguiente, tanto para dar algun descanso a los caballos, como para reparar el

consumo que habiamos hecho de nuestras provisiones: ibamos á entrar en una comarca nueva, en la que teniendo que atravesar cinco jornadas de desierto, no debiamos hallar ni ciudades ni pueblos, y ni siquiera manantiales de agua.

22 de octubre.

Pasamos todo este dia en el monasterio del Carmelo, y lo empleamos en procurarnos algun descanso, y en examinar los puntos del monte y las grutas de Elias y los demas profetas. La principal de estas grutas esta vaciada evidentemente por la mano del hombre en la parte mas dura de la peña, y es una sala de una prodigiosa elevación sin mas vista que un mar interminable, en la que no se oye mas ruido que el de las olas que rompen continuamente contra el arriete ó pico del cabo. Las tradiciones dicen que allí temia Elias la escuela, donde enseñaba los misterios y la elevada poesia. El punto era el mas á propósito, y la voz del viejo profeta, maestro de una innumerable generacion de otros, debia resonar magestuosamente bajo la vaciada bóveda en el monte que Henó de prodigios, y al cual ha dejado su nombre.

La historia de Elias es una de las mas asombrosas de la antiguedad; él es el gigante de los sagrados bardos. Al leer su vida y sus terribles venganzas, parece que este hombre tenia por alma el rayo del Señor, y que el elemento sobre que fué arrebatado al cielo era su elemento natal, bella imagen lírica ó épica para ponerla en el poema de las antiguas maravillas de la civilización del pueblo hebreo! Toda la época de los

profetas, considerándola solo históricamente, es una de las épocas menos inteligibles de este pueblo fugitivo: á pesar de esto se nota en ella, y particularmente en el tiempo de Elías, la llave de esta organización singular del cuerpo de los profetas. Esta era evidentemente una clase santa y literata, en oposición continua con los reyes: tribunos sagrados del pueblo, lo sublevaban ó apagüaban con cantos, con palabras y con amenazas: formaban facciones en Israel, como la palabra y la prensa las forman entre nosotros; y se combatían los unos á los otros, primero con el arma de la palabra, y despues con la lapidación ó la espada, esterminándose de la faz de la tierra, como se ve á Elías esterminarlos á centenares; despues sucumbian á su vez, y cedían su lugar á otros dominadores del pueblo. Nunca la poesía, propiamente dicha, ha representado tan grande papel en el drama político y en los destinos de la civilización: la razon ó la pasion, segun eran falsos ó verdaderos profetas, no hablaba por sus bocas, mas que la lengua energica y armoniosa de las imágenes: no había oradores como en Roma ó Atenas: el orador es demasiado hombre! Todo eran himnos; todo lamentaciones: la poesía tiene algo de divino!

¡Que imaginacion tan ardiente, tan viva y delirante supone en un pueblo una influencia, una dominacion ejercida hasta tal punto por la palabra cantada ó poetizada! Podemos admirarnos de que, independientemente del alto sentido religioso que encerraban, estas poesías hayan sido un monumento tan completo e inimitable de gracia, de sublimidad y de genio. El premio de los poetas en-

tonces, aun en la tierra, era la sociedad misma: su inspiracion les sometía el pueblo, y segun eran buenos ó malos, le arrastraban al crimen ó al heroísmo. Hacian temblar á los reyes culpables, les arrojaban la ceniza sobre sus frentes, ó despertando el patriotismo en el corazon de sus conciudadanos, les hacian triunfar de sus enemigos, ó les recordaban en el destierro y en la esclavitud las colinas de Sion y la libertad de los hijos de Dios. Es de admirar que entre tantos dramas como ha producido la poesia moderna, sacados de la historia de los judios, no se haya escrito aun el maravilloso drama de los profetas, hermoso canto de la historia del mundo.

*El mismo dia que subi al monte Carmelo*  
Acabo de pasear solo sobre las embalsamadas laderas del Carmelo. Estuve sentado bajo un madroño, un poco mas arriba de la senda cortada á pico que sube á la cumbre del monte, y que guia al convento. Mi vista se fijaba en el mar, que me separaba de tantos objetos y de tantos seres que he conocido y amado, pero cuya inmensa extension no los separaba de mi memoria. Examina ba mi vida anterior; recordaba las horas semejantes que habia pasado sobre costas tan diversas y con pensamientos tan diferentes, y me preguntaba á mi mismo si era verdad que me hallaba sobre la aislada cumbre del monte Carmelo, á pocas leguas de la Arabia y del Desierto, y por qué estaba allí, á donde iba, á donde volveria; qué mano me guiaba, y qué era lo que buscaba, con conocimiento ó sin él, en estas correrias perpetuas sobre puntos tan distintos del globo. Apenas podia

comprenderme á mí mismo como un solo sér, con las fases tan opuestas é imprevistas de mi corta existencia; pero las impresiones tan vivas, tan rápidas ó lucidas, y tan presentes de todos los seres que he amado y que he perdido, haciendo sentir á la vez, y agobiándome á mí mismo, me probaban demasiado que esta unidad, que no hallaba en mi vida, se encontraba toda entera en mi oprimido corazón. Al considerar lo pasado se humedecían mis ojos de lágrimas, y solo distinguía cinco ó seis sepulcros que se habían tragado otras tantas veces la felicidad de mi vida! Despues, como suelo hacer cuando son demasiado fuertes mis impresiones, y están á pique de oprimir y sofocar mi pensamiento, he elevado hacia Dios mi consideracion, por un impulso religioso, á este Ser infinito que todo lo recibe, que lo absorbe todo, y que todo lo restituye; he orado, y le he dicho: Todo está bien, Señor, pues que vos lo habeis querido: vedme aquí todavía sometido á vuestra voluntad siempre buena; continuad guiándome por vuestro canaima y no por el mio; guardadme, conducidme adonde querais y como querais, contal que yo sea conducido por vos, y que os descubrais á nosotros tres alguna vez en mi oscuridad por uno de esos rayos del alma, que á la manera del relámpago nos muestran un horizonte momentáneo en medio de la noche profunda; contal que yo me sienta sostenido por esa esperanza que habeis dejado sobre la tierra, como una voz de los que se han ausentado de ella; contal que los encontremos en vuestra presencia, que ellos me reconozcan, y que nos amemos por una eternidad en vuestra gloriosa. Esto me basta para seguir aun y marchar hasta su

termino por esta senda que parece no tenerlo; mas haced que el camino no sea demasiado escabroso para unos pies tan cansados y heridos!

Despues me he levantado con mas agilidad, y me he ocupado en coger odoriferas yerbas, de que el monte está lleno. Los religiosos hacen una especie de té mas aromático que la yerba-buena ó la menta y la salvia de nuestros huertos; pero me han distraido de mis pensamientos y de mi ultima ocupación los pasos de dos pollinos, cuyas hendiduras resonaban sobre la roca lisa del sendero. Dos mujeres iban sentadas sobre ellos, cubiertas desde la cabeza á los pies con una larga túnica de lienzo blanco: un joven conducía por el diestro el primero de los pollinos, y dos árabes las seguían detrás llevando sobre las cabezas dos canastas de cañas cubiertos con servilletas de muselina bordada. El joven era Mr. Malagamba, y las mujeres su madre y hermana, que subian al monasterio á ofrecernos provisiones para el camino, que habian preparado aquella noche. Una de las canastas estaba llena de panecillos amarillos como el oro, de un sabor esquisito, lo qual era una preciosa adquisicion en un país en que el pan es casi desconocido: la otra estaba llena de frutas de todas especies, de algunas botellas de vino de Chipre y del Libano y de esas innumerables confituras, que constituyen las delicias de los orientales. Yo recibí con reconocimiento las finezas de estas amables señoras; envíe los árabes á llevar las canastas al monasterio, y nos sentamos para hablar un momento de los infortunios de la señora Malagamba.

El sitio era hermoso; estábamos debajo de dos ó tres grandes olivos que estendian su sombra sobre

una de las sillas que la fuente del Elías había formado al caer el agua de roca en roca en una de las quebradas del monte. Los árabes habían tendido los cobertores ó mantas de sus asnos sobre la yerba que crece al lado de la fuente, y las dos señoras que habían dejado caer sus velos sobre los hombros, sentadas sobre el divan del viajero á la orilla del agua, y con sus trajes mas ricos y brillantes, formaban un grupo digno de la observacion del pintor en cuanto á mi, me había colocado sobre la cornisa que formaba la roca por la que caía la vertiente. Muchas lágrimas humedecieron los ojos de la madre al hablar conmigo del tiempo de su prosperidad, de su caída en el infortunio, de su presente desgracia, de su fuga de San Juan de Acre, y de sus maternales temores sobre el porvenir de su hijo y de sus bellísimas hijas.

Escuchaba esta relación la señorita Malagamba con la indiferencia tranquila de la primera edad; mientras tanto se entretenía en hacer ramos de las flores que tenía á su alcance, y solamente cuando la voz de su madre se alteraba al hablar, y que las lágrimas caían de sus ojos, pasaba el brazo al rededor del cuello maternal y enjugaba aquellas lágrimas con el pañuelo de muselina bordado de plata que tenía en la mano; más cuando la sonrisa volvía á aparecer sobre el rostro de su madre tornaba á su pueril distraccion, y arreglaba las flores de su ramo.

Prometí á estas señoras acordarme de ellas y de su hospitalidad inesperada á mi regreso á Europa, y valerme de mis amigos en Túrn para solicitar el adelanto del joven agente consular de Caifás. La esperanza, aunque incierta y

distante, penetra en el corazón de la señora Malagamba, y la conversación tomó un giro distinto. Hablamos de las costumbres del país, y de la monotonia de la vida de las mujeres árabes, cuyos hábitos se ven precisados á adoptar las europeas que viven en Arabia. Pero tanto la hija como la madre, no habían conocido otro género de vida, y se admiraban por el contrario de lo que las refería de Europa. Vivir para un hombre solo y con un solo pensamiento en el interior de sus habitaciones; pasar el dia en un divan en trezar sus cabellos y acomodar con gracia las numerosas joyas con que se adornan; respirar el aire fresco del monte ó del mar, desde lo alto de un terrado, ó al través de una ventana entrejada; andar algunos pasos por debajo de los naranjos ó granados de un jardín reducido, para ir á meditar á la orilla de un estanque animado por el ruído de la caída del agua; cuidar de la casa, amasar el pan, hacer el sorbete y los almibares; ir á pasar el dia en el baño público en compañía de las jóvenes de la ciudad, y finalmente, cantar algunas estrofas de los poetas árabes, acompañándose con la guitarra, lie aquí á lo que se reduce la vida de las mujeres en Oriente. Como la sociedad no existe para ellas, no tienen ninguna de las pasiones facticias del amor propio que produce la misma; cuando son jóvenes y bonitas se dedican enteramente al amor, y mas tarde á sus hijos y á sus cuidados domésticos. Esta civilización vale tanto como cualquiera otra.

Al cabo de mucho rato que estuvimos hablando de diversas materias, mi dragoman, nacido en Arabia, y versado en la literatura del país, que

me estaba buscando por las cercanías del convento, y me vió junto á la fuente, me trajo á un joven árabe que había sabido mi llegada á Cai-fas, y que había venido de San Juan da Acre para hacer conocimiento con un poeta de Occidente. Este joven, nacido en el Líbano, y educado en Alepo, era ya celebre por su genio poético, en términos, que yo tenía ya noticias de él, y había hecho traducir muchas de sus composiciones. Me trajo algunas de ellas, se sentó con nosotros, y hablamos largo tiempo con la ayuda de mi drágo-man; mas declinaba el dia, y era preciso separarnos. Entonces me ocurrió decirle: «Ya que la casualidad reúne dos poetas venidos de dos puntos tan opuestos del globo, en un sitio tan hermoso, á una hora tan oportuna, y en presencia de una belleza tan perfecta, deberíamos cada uno en su lengua celebrar con algunos versos nuestro encuentro, y consignar en ellos nuestras respectivas impresiones.» Se sonrió, sacó de su faja el tintero que llevan siempre los escritores árabes, lo mismo que el sable los ginetes del país, nos separamos algunos pasos para meditar un momento, y volvimos después. El concluyó antes que yo: he aquí sus versos y los míos. Desde luego se reconocerá el carácter de estas composiciones; pero no es necesario advertir lo que desmerezcan al traducirse en otro idioma.

— «En los jardines de Caifás existe una flor que buscan los rayos del sol a través del follaje de las palmeras.

Esta flor tiene ojos mas bellos que los del gamo,  
son mas puros que una gota de agua del mar encer-  
rada en una concha.

Tan delicioso es el aroma que exhala esta flor, que el scheik que huye sobre su yegua de la lanza de la tribu enemiga, y cuya carreta es tan rápida como la caída de las aguas, percibe al pasar tanta fragancia, y se detiene para tener el placer de aspirarla.

Sin duda despoja el viento de Simoun de todos los olores el vestido del viajero; pero no arrebata jamás de su corazón el aroma de esta asombrosa flor.

Se encuentra á la orilla de un apacible arroyo que se desliza sin murmullo á sus pies.

Dime, jóven hermosa, cuál es el nombre de tu  
padre? Yo te diré en cambio el nombre de la flor!

Yo escribí los siguientes, é hice que mis drágo-  
man los tradujese en árabe.

Azulado espejo de la fuente; cuando sobre tu hermosa orilla viene á sentarse la pensativa Lila, é inclinada sobre tus linsas imprime en ellas su encantadora imagen, como la estrella de la noche sobre el inmóvil golfo.

Se commueven tus aguas, y no se distingue tu fondo de guijarros ó arena; empero tus linsas se llenan de esplendor y de encanto, y los ojos no buscan el cielo sino en tu superficie.

Ofreces el reflejo de objetos que deslumbran; ojos azules, como las flores que guarnecen tu orilla; dientes de nácar, riendo al traves de labios de rosas, y dos globos que un purísimo soplo commueve con el seno.

Cabellos trenzados con flores, cuyo peso les hace colgar; brazaletes que realzan el sonrojado de tus brazos, y perlas que brillan en el fondo, y que uno cree coger, cual tu dorada arena; al ahondar la mano.

Mi mano se alarga hacia ti ¡oh fuente en que nada esta sombra! teme que la borre el viento, y mis labios celosos de tu orilla, quisieran beber las bien-hadadas linsas que retratan su imagen!

Pero cuando Lila se levanta risueña y se aleja con su madre, solo queda una agua escasa en un oscuro cauce; si la pruebo con el dedo, hallo su amarga linsa, y el fango y el insecto empañan su hermoso color azul.

Pues bien: tu influencia ¡oh Lila! sobre el agua, es la que ha tenido siempre la belleza en mi mente: solo hay luz y alegría para mí cuando brillan tus ojos; mas cuando estos se cierran, quedo en la mas profunda oscuridad!

La jóven para quien acabábamos de escribir estos versos en árabe y francés, no entendía ningun idioma de los dos; solo comprendía un poco el italiano.

23 de octubre.

Hemos dejado al amanecer, el convento del monte Carmelo y los dos excelentes religiosos que lo habitan, y hemos tomado unos escarpados senderos que bajan al mar desde el cabo. Allí hemos entrado en el desierto, situado entre el mar de Siria, cuyas costas generalmente son llanas, arenosas, y hacen ondulaciones que forman algunos golfitos, y los montes que constituyen una continua-

# CAPILLA ALFONSINA

ción del Carmelo, los cuales bajan insensiblemente por grados al acercarse á Galilea. Mas estos montes son negruzcos y desnudos, las peñas penetran á veces la capa de tierra que los cubre y los arbustos que les quedan: su aspecto es triste y sombrío, y no tienen otra cosa que el esplendor de su luz y la magestad ideal de lo pasado. La cadena de montes que se prolonga hasta unas diez leguas se rompe algunas veces, y deja ver algun valleccito poco profundo. En su seno ó en las laderas de los montes que forman uno de estos valles, se ven distintamente las ruinas de un castillo y de una ciudad árabe que se estiende bajo los muros de aquel; el humo de las casas sube y serpentea á lo largo de las laderas del Carmelo, y largas filas de camellos, de cabras negras y vacas rojizas, se prolongan desde el pueblo hasta el llano que atravesábamos.

Algunos árabes á caballo armados con lanzas, y vestidos únicamente con sus túnicas de lana blanca, con piernas y brazos desnudos, marchaban a la cabeza, y sobre los flancos de ambas caravanas de pastores que llevaban los ganados á la única fuente que hemos hallado después de cuatro horas. Las fuentes se han encontrado y abierta en otro tiempo por los habitantes de los pueblos situados á la orilla del mar: los árabes actuales han abandonado estos pueblos hace siglos; solo queda la fuente, y hacen todos los días este viaje de una ó dos horas para dar de beber á los ganados.

Hemos caminado todo el dia sobre escombros de murallas ó de mosaicos que sobresalen entre la arena, y todo el camino está sembrado de ruinas que atestiguan el esplendor y la inmensa población.

*La Lectura.*

TOM. I.

78

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V A N T I